



Ésta, quizás, es una de las últimas fotografías de Dionisio Foianini Ioli. Acá se lo ve rodeado de sus hijos y esposa. Archivo: Landivar Foianini, 2006.

Foianini: DE LOS ALPES A LA LLANURA ORIENTAL

La cuna de Dionisio fue instalada en las alturas casi inalcanzables de los Alpes italianos en 1866. En la aldea de Foian, valle donde a menudo se intercala el silencio perenne de los bosques de pino y el murmullo repentino del viento gélido del norte, sus padres, José y María Foianini, establecieron un hogar sencillo, sin muchas pretensiones económicas pero con la energía y valor suficientes para inculcar en su descendencia un apego irreductible hacia los valores morales y cristianos que todo hombre respetable debe portar por los caminos de la vida. Allí, rodeado por un ambiente bucólico ampliamente favorable para desarrollar actividades manuales como la ebanistería o incursionar en el sector minero, Foian conserva reservas de un mineral llamado amianto, el pequeño piamontés pudo asimilar un carácter decidido a la hora de tomar acciones trascendentales. Ya en 1884, preso de una ansiedad incontrolable por conocer el mundo, el menor de los Foianini Ioli parte hacia Sudamérica con la esperanza de ejecutar puntualmente cada uno de los planes de ultramar que tenía trazados en la mente. Así, Dionisio llegó expectante a la Argentina. En su equipaje sólo cargaba el peso de unos cuantos libros añorados, ropa liguera y alguna que otra herramienta que podría serle de utilidad durante el viaje. En ese entonces Buenos Aires atraía la atención de propios y extraños, por lo tanto muchas de las actividades laborales en la capital argentina se encontraban colapsadas gracias a las cantidades ingentes de inmigrantes italianos que diariamente hacían filas enteras para encontrar algún espacio donde emplearse como albañiles, estibadores o carpinteros. Dionisio las tenía difíciles, sin embargo, su agudo instinto de orientación lo empujó a tomar una decisión en el acto, virar el timón hacia las ignotas tierras del Paraguay.

Con un paisaje totalmente distinto y unas costumbres que se revelaban inéditas ante sus ojos, Dionisio Foianini empezó a hilvanar una nueva historia lejos de casa. La pequeña nación sudamericana era apenas conocida para la mayoría de los europeos y esta misma condición de desconocimiento hacia favorable la búsqueda de trabajo. El piamontés no tardó mucho en conseguir empleo y nuevas amistades, la simpatía y afinidad que halló en la persona de Justo Smith, le permitieron hacer más acogedora su estadía en las llanuras del pueblo guaraní¹.

Smith era norteamericano, de apariencia amigable y talante optimista. Su rostro inconfundiblemente anglosajón irradiaba respeto pero a la vez confianza, y si en ese preciso instante se encontraba residiendo en el extremo austral del continente, era para dar rienda suelta a

¹ Valentino Freddi Tanghetti, op. cit., p.32.

sus ansias de riqueza y poder. Soñaba constantemente con encontrar alguna veta de oro o descubrir en las entrañas de la selva amazónica algún yacimiento perdido de piedras preciosas.

De esta manera, Justo y Dionisio congeniaron desde el primer momento y juntos comenzaron a diagramar una serie de planes y proyectos que en el futuro deberían acarrearles infinidad de beneficios en esas nobles tierras del Nuevo Mundo. Así, el tesón y entusiasmo se convirtieron en compañeros infaltables en las jornadas de ambos amigos. Su primer proyecto no tardó demasiado en llegar, cuando lograron adjudicarse la construcción de un depósito para la estación del ferrocarril paraguayo. Las primeras ganancias del proyecto estuvieron destinadas, por mutuo acuerdo, a cubrir los gastos que demandarían las futuras incursiones en el sector minero.

Conformes con lo obtenido, y después de haber reunido un capital importante durante su estadía en Paraguay, los dos extranjeros parten hacia el norte de Brasil con la mente puesta en los relucientes yacimientos de oro y diamante que el gigantesco país guardaba celoso en sus selvas. Fueron largas y agotadoras las jornadas de trabajo en la selva brasileña. Las condiciones laborales nunca fueron óptimas, debido, en parte, a la naturaleza indomable del lugar; calor sofocante a toda hora, mosquitos rebeldes acechando diariamente y criaturas ponzoñosas afincadas en cualquier rincón del campamento. Aún así, Dionisio y su amigo norteamericano salvaron la mayoría de los obstáculos que se les presentaban para poder, finalmente, ahorrar una cantidad suficiente de dinero que les permitiría dirigir los pasos hacia otro lugar más habitable. Justo y Dionisio partieron hacia Corumbá, poblado brasileño fronterizo con Bolivia, y en esa población se estrecharon las manos una vez más, prometiéndose amistad eterna y un reencuentro auspicioso en un periodo de tiempo corto. Justo Smith marchó hacia su tierra natal mientras que Dionisio Foianini puso los pies en las sendas que conducían a Santa Cruz de la Sierra. Una nueva historia estaba por comenzar...

EL “Cóndor de los Andes” se posa en el pecho de Dionisio

Dionisio tuvo que soportar un viaje penoso y accidentado por las intransitables sendas del oriente boliviano. Llegar hasta Santa Cruz de la Sierra era toda una travesía y el viajero que emprendía esta empresa estaba expuesto a un sin fin de contratiempos, por no decir peligros. Después de dos inacabables meses de viaje, el italiano llegó exhausto y contrariado a la capital cruceña, en Corumbá había encargado el transporte de sus maletas a la casa Stefen, pero ésta se demoraba demasiado en hacer el envío y esto lo tenía angustiado. Así, atento pero con los ánimos más serenos, Dionisio Foianini empieza a adentrarse en la vida parsimoniosa de aquella coqueta región boliviana. La silueta colonial que presentaban las calles, unida al acogedor ambiente que ofrecían sus habitantes acabaron por conquistar el espíritu aventurero del italiano.

Ya adaptado totalmente a la fisonomía del lugar, y habituado a las costumbres locales, Dionisio empieza a conocer nuevas amistades. Es precisamente en la casa de un amigo, Jorge Banzer, donde su corazón se extravía ante el encanto y la dulzura de Carmen. Sí, el italiano quedó perplejo desde que sus ojos divisaron por vez primera a la hija del hacendado alemán. La joven no dudó de las buenas intenciones del forastero y más pronto de lo pensado el matrimonio se consumó en un ambiente favorable y acogedor. Así las cosas, Dionisio y Carmen empezaron a construir la historia de su familia boliviana, y ésta se enriqueció aún más con el advenimiento de sus siete hijos: Juan, Dionisio, María, Angel, Blanca, Carmen y Elvio.

Inquieto, Dionisio no esperaba que le den órdenes para emprender alguna actividad, más aún teniendo una familia que sostener. La autonomía y el emprendimiento eran una constante en su persona por lo tanto no demoró en hallar una actividad laboral. Esta vez transportaría productos agrícolas y de ganadería desde Santa Cruz hasta el departamento del Beni por vía fluvial. Para ejecutar su labor se valió de las cachas de madera que se fabricaban en la maestranza de otro destacado italiano, José Bruno².

Diligente y sensato a la hora de abrir negocios, Foianini incrementaba sus actividades en diversas áreas laborales. Fue parte activa de la Sociedad Minera del Oriente San Simón y, por esa

² Ibid., p.33.

misma época, tenía proyectado instalar una fábrica de seda en la serranía oriental. No contento con esto, organiza la Compañía Petrolera Calacoto-Triple Alianza para la exploración y posterior explotación de petróleo en el altiplano boliviano, lamentablemente el proyecto tuvo que ser desechado prematuramente porque no se disponía del equipo adecuado para iniciar las exploraciones. Pero el interés y la creatividad del italiano no cesaban de funcionar, pronto, su mente prodigiosa estaba concibiendo un nuevo emprendimiento, en esta oportunidad presentaría al gobierno del presidente Bautista Saavedra –era el año de 1923– un proyecto para instalar una hilandería y fábrica de tejidos de algodón en las llanuras cruceñas. Foianini esparcía con soltura y confianza cada una de sus ideas y proyectos, sabía muy bien que no tenía nada que perder, total, si sus inquietudes y propuestas eran rechazadas, o no recibían respuesta alguna, tendría un arsenal a donde acudir para exponer más emprendimientos y lograr consolidar así alguno de sus objetivos preciados. Como aquella inolvidable apertura de la farmacia Nacional, pionera indiscutible a la hora de proveer medicinas y suministrarlas con eficacia cuando la población las requería. La farmacia Nacional fue inaugurada en Santa Cruz y con ella se instaló el Laboratorio Químico del Oriente, ambas entidades jugaron un rol importante a la hora de asistir con medicamentos inyectables a las tropas bolivianas durante las campañas bélicas en plena Guerra del Chaco. Con seguridad muchos combatientes habrán salvado la vida gracias a la originalidad del inmigrante de Foian. Ni como dudarlo, Dionisio Foianini amaba lo que hacía y su pasión por la vida se veía reflejada en la voluntad que ponía a cada una de sus ideas. Es por ello que el gobierno boliviano le extiende el mayor de los reconocimientos al otorgarle mercedamente el “Cóndor de los Andes” distinción que da validez a la obra de este piemontés inigualable. Dionisio Foianini loli falleció en 1945 dejando como consigna imperecedera la pasión por el trabajo.